

*Escribiendo
el Caribe*

2020





CATEGORÍA A

ESTUDIANTES DE SEXTO Y SÉPTIMO

2020



1 PREMIO

El día que llegó Gabriel

Autor: **Valentina Sánchez Ayala**

I.E. Antonia Santos Grado: 6°
Cartagena



2 PREMIO

El dulce espejismo

Autor: **Daniela Sofía Cassiani**

I.E. Soledad Acosta de Samper Grado: 6°
Cartagena



El día que llegó Gabriel

Valentina Sánchez Ayala

I.E. Antonia Santos Bolívar Cartagena

Gabriel llegó el 13 de septiembre y desde entonces todo cambió. ¡Para mal, naturalmente! Antes éramos tres y todo marchaba bien: luz Dary, Edwin y yo. La casa permanecía en orden, los horarios eran fijos y la comida no faltaba. Pero llegó Gabriel y nuestras vidas dieron un giro de 180 grados. ¡Cada día que pasa es peor! Llega un montón de gente a cualquier hora y en cualquier momento, pasan por la calle y gritan: ¡qué lindo!, ¡cuánto pelo tiene!, ¡se parece a su mamá o en su defecto, a su papá!

Pero mentiras, a mí no me engañan, él no es para nada lindo, todo lo contrario, es gordito, tiene una boca grande y roja y no tiene ni un, pero ni un solo diente. Además, aprieta los ojos y llora todo el tiempo.

—¡Denle de comer! —sugiero, pero nadie me oye ni entiende porque solo soy un simple gato. Si por lo menos escucharan, él dejara de llorar.

El momento más incómodo para mí, es cuando empiezan con el montón de zalamerías diciéndole cosas bonitas con una vocecita tonta y socarrona. ¿Y a mí?, ¿alguien piensa siquiera un segundo en mí? claro que no, ¡a mí nadie me mima!

Imagínense que una vez me metí en su cuna para observarlo mejor y enseguida me sacaron.

—¡No te vuelvas a atrever! me gritó luz Dary muy enojada.

—¿Acaso quieres ahogarlo? - me gritó Edwin y me dio un golpe en la cabeza.

Yo les juro que no era mi intención sofocarlo... Aunque ahora que lo pienso bien no sería mala idea. Ya han pasado días desde la última vez que intenté meterme en su cuna y todavía es la hora y no he podido sofocarlo. Siempre pasan pegados a él, incluso de noche, ellos se quedan perplejos mirándolo mientras duerme, sonríen durante horas y horas, ¡esto es una cosa de locos! Ahora lo demás no importa, todo se echó a la basura, no hay horarios y rara vez se acuerdan de mí, y entonces ponen algo en mi plato. Pollo, últimamente llevo un mes comiendo pollo. ¡Estoy cansado de comer pollo! Por eso decidí declararme en huelga de hambre.

¿Y a que no adivinan qué pasó? La huelga no funcionó. El pollo sigue reseándose en mi plato, ¡es una verdadera tristeza! Yo muy amablemente pido:

—quisiera una trucha, por favor— pero Edwin y luz Dary ni me oyen. Tan solo se fijan en él: que si su sopita está caliente, que si tiene tosecita seca, que si su caquita está suave... ¡Qué asco!

Para rematar, nos invadió un montón de gente que nunca había visto, todos hablan al mismo tiempo y en voz muy alta. Decidí esconderme debajo de la mesa porque ver tanta gente me aturde, me produce pánico, pero me descubrieron porque con todo el polvo que había ahí debajo empecé a estornudar. Aun así, ni todo el polvo del mundo ha logrado sacarme de aquí, alguien dejó caer un pedazo de pizza con anchoas, y alguien más le dio una patada y lo hizo rodar casi hasta mi nariz. Me lo comí todo, estaba delicioso así que no desperdicié ni un céntimo.

Cierto día, Gabriel dormía tranquilo en su cuna todo vestido de blanco, de repente se despertó y empezó a llorar y en el acto aparecieron todos.

Ya no hay más pollo, ahora es conejo tres veces al día. ¿Y si yo fuera alérgico al conejo? Me pregunto si habrán pensado en eso. Por suerte no lo soy, pero dentro de pocos días mis orejas se empezarán a alargarse y me saldrán dientes enormes.

Por un momento llegué a pensar que se habían olvidado de mi vacuna anual y todo gracias a Gabriel, pero luego comprendí que no se les olvidó, sino que no tienen tiempo para llevarme al médico. La que resultó llevándome fue una jovencita, hija de los vecinos. Me puso en una canasta y la ató a la porta paquete de su motocicleta. Estaba muerto del miedo, cuando llegamos al consultorio, tenía todos los pelos de punta. Por fin me vacunaron, fue muy doloroso, pero lo logré, regresamos a casa y me percaté que a Gabriel le están saliendo los dientes de leche, pronto me va a empezar a morder...

UN MES DESPUÉS...

Está pasando algo terrible: Gabriel ahora se arrastra hacia mí, a veces Luz Dary y Edwin cantan con él, cogiendo unas ollas y unas cucharas... ahora tiene muchos dientes...

Ya pasaron meses, Gabriel sabe caminar y hablar, jugamos mucho y nos divertimos. Hoy todo el mundo está conmocionado. ¿No será que está por llegar otro bebe? Son capaces de no decirme, en esta casa todo lo hacen como si yo no existiera. Para mi fortuna, no llegó ningún bebe; al contrario, se fue el que ya estaba. Se fue a un lugar llamado jardín infantil, lo estoy esperando asomado en la ventana...

¡Aquí está! En el carro de Edwin. Gabriel se bajó, llegó corriendo y me abrazó muy fuerte. Gabriel dibujo mi retrato; hizo dos puntos negros y pintó todo mi cuerpo de amarillo, ¿qué? ¿se supone que soy yo así de feo? Desde que llegó Gabriel ¡adiós tranquilidad! Sin embargo, estoy feliz de que haya llegado a este mundo.



El dulce espejismo

Daniela Sofía Cassiani

I.E. Soledad Acosta de Samper Cartagena

En medio del silencio de la noche, a lo lejos se escuchaba la tenue y fría brisa de una tormenta que pronto haría retumbes espantosos sobre mi ventana. Sentía el bailoteo de los árboles que golpeaban la empalizada que dividían las casas. La dulce y espeluznante melodía de aves nocturnas que habitaban en las copas de árboles, se filtraba a través del techo de mi habitación, haciendo eco en mis oídos. Asimismo, podía escuchar con nitidez el sonido del agua del riachuelo que pasa justo por un costado de nuestra casa de madera de Roble. La casa tenía unos listones de Campano e' Bleo que la hacían fuerte y resistente a cualquier ventarrón. En mi mente podía las piedras, el barrizal, los animalillos, y las hojas secas que caían por manotones sin rumbo conocido en medio de la lluvia torrencial que se avecinaba.

Ese estado de contemplación en el que me encontraba, me hacía ensimismarme por momentos

para perderme entre recuerdos; voces que resonaban en mi cabeza y traían a relación ocultos secretos. Recordé que una fría y pálida noche como esta, escuché un tremendo estropicio, al parecer producto de la caída de algo muy pesado que no logré identificar, presa del pánico que me invadió en el momento. Recordé que esa misma noche al acostarme, recibí la bendición de mi madre como de costumbre y la noticia de que en pocos meses llegaría un nuevo integrante a la familia. Escuchar aquello fue lo mejor para cerrar el día, quizás fue lo que motivó aquellos sueños donde jugaba y recorría los extensos campos de la mano de alguien; alguien que me ayudaba a recoger los sembrados de las cosechas, que la bendecida tierra nos daba sin reparos. En estas meditaciones me encontraba, cuando mi mamá entró en la habitación, me dio un beso y apagó la luz al salir, desapareciendo en la penumbra mientras se escuchaba el lamento chillón de la puerta de la habitación.

Cerré mis ojos con el deseo de dormirme pronto y olvidar el fuerte sonido de la brisa cuando de repente sentí una gigantesca sombra que salía de todas partes y cubría mi diminuto y angosto cuerpo. Quedé presa del miedo sin poder gritar ni mucho menos salir corriendo. Pensaba en los fuertes brazos de papá y las cálidas y tiernas manos de mamá y lo lejos que estaba de su cobijo. En ese instante vinieron en mi auxilio las palabras de mi padre “no temas a nada hija y menos a la noche que es tan natural como el día”. Por un momento sentí algo de paz, pero luego me di cuenta que tenía paralizados cada uno de los músculos de mi cuerpo.

Aquello no identificado, se acercaba cada más y más. Entonces logré mover la mano derecha y tantear

hasta dar con la lámpara que descansaba en la mesa a un lado de mi cama, quería iluminar la oscura habitación y así ahuyentar aquello que estaba a punto de atraparme.

El movimiento torpe de mi mano temblorosa y poseída por el pánico, rozó la lámpara arrojándola al suelo enmaderado, haciendo un ruido que esperé despertara a mis padres y acudieran a mi socorro. Pero no pasó. La sombra empezó a batir sus mil brazos de un lado a otro sin contemplar mi desventaja: en ese momento el pánico era mi única compañía y mi enemigo a la vez. A pesar de ello, tenía la esperanza que mis padres me sacarían de aquel apuro.

En medio de aquel apuro, la sombra tocó mis pies con uno de sus mil brazos. Sentí su tacto suave y delicado, cual adulto atrapado por la ternura de un bebé acariciando su rostro. Me empezó a invadir un sueño cada vez más pesado. Debo confesar que tuve un día ajetreado ayudando a mi mamá con los menesteres de la casa y a mi papa con los animales de la granja. Al sentir el arrullo de las manos del gigante sobre mis pies, me dormí profundamente, quedando a merced de su acecho, sin la menor certeza de lo que me esperaba esa noche aciaga. Fue tan profundo el sopor que no sentí nada más. Me despertaron los golpes del mortero machacando el ajo en la cocina. Ya era de mañana y mamá preparaba un rico desayuno. Me levanté de un salto y reparé todos los rincones de mi cuarto. No vi nada raro, solo un cumulo de hojas del palo de mango plantado a un costado de la casa, regadas por el piso traídas en torbellino por la tormenta.

CATEGORÍA B

ESTUDIANTES DE OCTAVO Y NOVENO

2020



1 PREMIO

Virus a cuatro llantas

Autor: Noris Sehuanes

I. E Promoción Social de Cartagena Grado: 8°
Cartagena



2 PREMIO

Del amor a la oscuridad

Autor: Héctor Castillo Fuentes

Instituto Pedagógico de Maicao Grado: 9°
Maicao



Virus a cuatro llantas

Noris Sehuanes

I. E promoción Social de Cartagena
Cartagena

No es la primera vez que lo hago, pero ahora que lo hago se siente como la primera vez: ver cada vez más lejos el letrero de “bienvenido a Cartagena”, observar aquellos campos verdes y aquellos campos no tan verdes pasar como imágenes de ensueño; filosofar sobre las incertidumbres de la vida mientras a lo lejos, en alguno de esos campos verdes, una vaca se sale del corral... Observaba cada una de estas imágenes a través de una de las ventanillas mojosas del bus torcoroma con ruta Cartagena-Sincelejo.

Decidí hacer este viaje porque por qué, al fin se me habían alineado las constelaciones y los planetas, (la plata y las vacaciones). Además, el pasaje estaba barato y la verdad ya me hacía falta visitar la familia del pueblo. No obstante, la gente decía que no era el mejor momento para viajar pues había rumores de que un virus mortal ya había llegado al país.

Las noticias decían que el virus se trasmitía por

el aire; que se podía mezclar fácilmente entre las moléculas de polvo en el ambiente y que era lo suficientemente pequeño para atravesar hasta las telas de protección de trajes quirúrgicos y tapabocas especiales. También que luego de entrar al cuerpo, afectaba las vías respiratorias dejándote sin respiración en cuestión de horas. Aparentemente era un arma letal, sobre todo aquí donde todo lo quieren curar con una tunda de acetaminofén.

También decían que aún no había muchos casos, por eso permitían los viajes intermunicipales. Sin embargo, circulaban chismes sobre una persona afectada por el virus en la isla de Barú, cerca de Cartagena, que después de ser puesta en cuarentena, había decidido escapar del lugar, supuestamente para encontrarse con su familia y hasta el momento era buscado por todas las autoridades por cielo y tierra. Se decía que era un varón caucásico, de treinta y tantos años de edad, con una barba poblada y cabellera abundante. A mí me sonaba al tipo de historias que suelen vender en los diarios sensacionalistas, las cuales distan mucho de la realidad y terminan creando pánico colectivo en una sociedad con poca capacidad crítica. En todo caso, viajaba con la convicción de que ningún virus arruinaría mis planes.

A mitad del camino, iba casi dormida por el sopor del viaje, cuando alguien puso una mano en mi hombro derecho con una agresividad que me hacía daño. Indignada me repongo para ver qué sucede, y veo con sorpresa que se trata de mi compañero de asiento: Un varón blanco de treinta y tantos años, con una barba y cabellera bastante pobladas, el cual sudaba sin control a pesar de que el aire acondicionado funcionaba al tope. Se veía preocupado, incluso

algo asustado. Le retiré su mano temblorosa de mi hombro e hice señas para llamar al sparry, para que lo ayudara. Inmediatamente hizo un ademán colocándose el dedo índice de la mano en la boca como advertencia de qué guardara silencio y agregó:

—Lo tengo. Tengo el virus.

Y ahí es donde yo pienso: —Qué pequeño es el mundo ¿No?

Quise hacerme la de la vista gorda e ignorar el comentario del individuo, pero no pude. Luego de pensarlo unos minutos calmadamente dije:

—Aquí me bajo

Pero en realidad algo ocurrió (se subió el vendedor de hepacorinas) y decidí quedarme un poco más. Luego me paré y hablé con el sparry para expresarles lo que mi compañero de asiento me había dicho. Al principio el hombre no me creyó, pero al observarlo detenidamente y ver sus comportamientos extraños decidió tomar cartas en el asunto. Por suerte estábamos próximos a un reten de la policía, en el cual el conductor se detuvo y puso al día de la situación a los oficiales.

Los agentes de policía nos condujeron al interior de un recinto con aspecto abandonado. Allí nos aislaron a todos, pero al hombre y a mí, nos separaron aparte del grupo. En pocos minutos el lugar se llenó de médicos, epidemiólogos, enfermeros, policías, más policías con sus perros policías, que no paraban de oler una y otra vez todos los pasajeros.

Nos hicieron las mismas preguntas una y otra vez, nos tomaron la temperatura cada hora, tomaron muestras de sangre y después de muchas horas, se llevaron al hombre sospechoso a un lugar apartado.

El hombre en medio de todo ese ajeteo y confusión, trataba de expresar algunas palabras en su defensa, pero al ser considerado peligroso le impedían hablar. Tal vez se sentía culpable, tal vez se sentía arrepentido de haberse escapado, quizás solo quería ver a su familia, quizás por última vez.

Entrando la noche, nos llaman al hombre y a mí, nos llevaron a un cuarto donde había militares acompañados de unos tipos que vestían como astronautas. Uno de los militares me mira de cerca y me dice:

—El hombre aquí presente afirma que no posee ninguna enfermedad como un virus o algo por el estilo. De hecho, después de practicarle las pruebas pertinentes no encontramos síntomas ni de gripa. Los especialistas aquí presentes dicen que el hombre es el más sano de los que vienen en el bus. Entonces, ¿De dónde sacó usted que el hombre es portador de un virus letal?

—El mismo lo dijo. Y era evidente que se sentía mal. Sudaba como pollo a pesar de que hacía frío dentro del bus.

El hombre sonrió y dijo:

—Sudaba porque estaba preocupado, muy preocupado... Y sí, era por un virus, pero un virus en mi computadora, una computadora donde llevo almacenado el trabajo de toda la vida.

Todos se miraron desconcertados mientras el tipo sonreía. Por mi parte, sentía una mezcla entre sorpresa y vergüenza por todo este embrollo.

Lo que hice después, fue ofrecerle mis disculpas al hombre, e invitarle un pan de bono con poni malta en un estadero a la orilla del camino.



Del amor a la oscuridad

Héctor Castillo Fuentes
Instituto Pedagógico de Maicao
Maicao

Temer al amor es temer a la vida, y los que temen a la vida ya están medio muertos.
—Bertrand Russell

«¡Tilín, tilín!; ¡tilín, tilín!» –suspiró–
“¡Google, buenos días!

Hola, Andrés, son las cuatro menos cinco de la madrugada.

En este momento el termómetro marca 29° con cielos parcialmente nublados en Maicao, con un pronóstico de 34° como máxima y 26° como mínima; debido a la humedad actual, la sensación térmica es de 29° C.

A partir de las cero horas de hoy, 13 de marzo, el presidente Iván Duque Márquez ha decretado al país en estado de emergencia por el Covid- 19, los ciudadanos deberán permanecer aislados en sus residencias y aplicar las medidas sanitarias expedidas por el decreto 531 del 8 de marzo del 2020.

¡Qué tenga un buen día, señor...!”

Fue ahí, cuando inició mi desesperación: mi cerebro se bloqueó, sentía una barrera inexpugnable en mi cabeza que, en parte, se convertiría en una excusa para escaparme de los oficios del hogar. Mis padres aún no despiertan...

Me dirigí a la cocina por un poco de agua, estoy cansado puesto que, tuve episodios de parasomnia toda la noche. Escuché unos gritos así que me asomé por la ventana que da a la calle y vi la policía persiguiendo a unos vendedores ambulantes por el incumplimiento de la cuarentena; he ahí el dilema: ¿Cómo personas que viven del diario pueden sobrevivir al encierro? Me sentía en la obligación de hacer algo, pero, ¿Qué hacer?, solo cumplen con su trabajo. La impotencia me ganó y solo los ignoré. Tres minutos y treintaisiete segundos después, me asomé de nuevo, fue ahí cuando las autoridades realizan una maniobra de “defensa” saca su arma y... ¡Pum!

¡No me lo podía creer!, tenía miedo y me paralicé, el policía escapó, y solo me quedé viendo cómo ese pobre hombre que quizás alguna vez tuvo una familia, se desangraba en la carretera sin pavimentar. Mi madre desconcertada, baja las escaleras, yo aún seguía en la ventana, paralizado, viendo cómo la ambulancia se llevaba el cuerpo sin vida de aquel hombre.

A la edad de ocho años y a raíz de que no mantenía vínculos afectuosos con mis compañeros, mi madre a escondidas de mi padre, me llevó con un psiquiatra que me diagnosticó trastorno del espectro autista. Por ese motivo mi madre se obsesionó al cuidarme; se aseguraba de que estuviese cómodo en todo, hasta el punto de llegar a ser estresante; siempre teníamos esa discusión.

Mi padre, no tardó en darse cuenta; lo tomó peor de lo que esperaba. Él aseguraba que yo era un imbécil por no hacer cosas de “hombres de verdad” y se sentía humillado por tener un hijo como yo.

Tres y veinte de la tarde

Nuestra vida es un camino corto que, probablemente no tenga sentido. Me quedé absorto contemplando el panorama a través de mi ventana y fue ahí cuando divisé una silueta, inmediatamente la duda me asaltó y decidí abrirla para inspeccionar;

- ¡Hola niño extraño...!

Y ahí estaba yo, perdiéndome como un idiota en el café de sus ojos, en lo brillante de su sonrisa, y en lo colorido de su personalidad. El único pensamiento que cruzó por mi mente fue que tenía ante mis ojos un ángel, una especie de divinidad difícil de alcanzar para un simple mortal como yo.

– Hola, ¿estás bien? ¿Cómo te llamas?

– Andrés...

– ¡Hola Andrés! mi nombre es Salomé, un gusto conocerte. – Me tendió la mano

– Eh, sí... Igual.

– Okey... Adiós, te veo luego Andrés.

No comprendo ¿qué acaba de pasar?, ¿me puse nervioso? O sea, no entiendo nada de lo que pasó, mis manos están sudadas, mi piel erizada, me tiemblan los pies y mi voz se entre corta.

¡No lo pienses tanto! – Gritó Salomé a lo lejos.

Luego de esto, me vi en la necesidad de llamar a Salomé, ella había hecho de mí, una explosión de

emociones, sentía el estómago revuelto, aunque podría ser el amonio. Pero, el punto es que, me siento diferente cuando está ella. Allí está el problema, tanto tiempo de mi vida, pidiendo una señal, pero sin darme cuenta ella me hizo cambiar algo en mi forma de ver el mundo, con esa mirada penetrante la cual me estremecía en un momento y me dejaba intrigado al otro.

¡Andrés, ven acá! –gritó mi madre.

–¿Qué pasó má?

Andrés, la seño Sofía me llamó, dijo que te metieras en la cuestión esta del “yimeil” porque ahí te mandaron los talleres, para que los hagas ahora durante la cuarentena.

– Está bien, má.

En mi ignorancia pensé: son pocos talleres, los hago en un día y ya estaría libre, pero, son más talleres de los que pensaba. Ya estoy empezando a desesperarme, al cabo de terminar un taller, me envían otro, y nunca se terminan, estoy luchando contra el agotamiento.

Mi madre me decía que pausara, pues tengo más de dos semanas para enviar los trabajos, pero me negué rotundamente ya que, si adelantaba la máxima cantidad de trabajos hoy, podría seguir con mi tranquilidad intacta y continuar leyendo mi libro. Tres y veinte de la madrugada

– Andrés, ¿Qué haces? Son las tres de la mañana, no puedes saturare tanto en un solo día – exclamó Salomé a través de la ventana.

Con tono melancólico le dije: – Salomé ya no soporto tantos talleres, son demasiados y cada vez que veo otro me deprimó más, ya no quiero seguir con esto, no estoy aprendiendo, sino que estoy olvidando todo lo que ya sabía

– Cuéntame, ¿Qué sientes? – Preguntó Salomé-

– A veces quiero salir, alejarme de todas las personas, alcanzar la autosuficiencia e ir a un lugar donde realmente pueda ser yo, y no ser juzgado por mi verdadero ser.

– Y ¿Qué te detiene? - dijo Salomé

– La impotencia me hunde y me arrastra, no quiero seguir.

– Te entiendo... ¿Sabes? Cuando yo tenía 10 años, presentaba traumatismo hipomaniaco, es un trauma que afecta a los estados de ánimo, y mi abuelo me dijo una vez: Están por venir tiempos mejores, llenos de sonrisas, emprenderás un nuevo viaje y llegarás a un mejor destino". "Lo bueno toma tiempo". No te dejes llevar del que dirán, solo deja que el tiempo lo solucione y avanza con él; en la vida siempre habrá alguien que dude de ti, sólo asegúrate de que esa persona no seas tú.

Hoy es el día número 23 desde que inició la cuarentena nacional, mi madre ha ejecutado todas las medidas sanitarias necesarias para prevenir el Covid- 19; lo que no sabe es que una completa extraña irrumpe en la habitación de su hijo todas las noches sin tomar las medidas básicas de saneamiento.

Una semana después de haber iniciado la cuarentena, en Maicao, no se ha podido controlar el virus. El sistema de salud está sobrecargado, la economía ha colapsado, cualquier persona podría tener el virus,

hay gente desmayándose en las calles, los medios de comunicación alimentan el miedo de los habitantes, el centro se convirtió en una zona de guerra por los alimentos, mucha gente ha muerto a causa del virus, ¿qué más puede salir mal?

Hoy amanecí mal, dolor de garganta, tos y dificultad para respirar, pero debe ser por el clima matutino. Salomé, no ha venido hace 13 días, probablemente sus padres le prohibieron salir por el virus.

En un golpe de preocupación, decidí asomarme en dirección a su casa, había cuatro hombres, estaban cargados hasta las trancas de elementos de bioseguridad y en su puerta había pegada una cinta amarilla, que alcanzaba a leerse: "¡Advertencia!". Eso significa que Salomé era asintomática, ¿y ahora?, ¿Yo tengo coronavirus? No puede ser posible. Me niego a estar contagiado, decidí entonces buscar los síntomas de coronavirus en etapa 1, casualmente eran los mismos que yo presentaba, fue ahí cuando mi preocupación aumentó. En internet dice que hay altas probabilidades de recuperarme solo descansando, tal vez solo sea eso, también dice que los tratamientos sintomáticos son efectivos, así que decidí auto medicarme.

Día número 29 de haber iniciado la cuarentena, el virus está empeorando, ya casi no puedo ni respirar. Fue ahí cuando todo empezó... mi madre entró a mi cuarto y me llevó de urgencias al hospital municipal. En el camino, aseguraba que tenía el virus, además de eso, creía que tenía sobredosis por tomar medicamentos erróneamente. Todo se oscureció.

– ¿Mamá, qué pasó?

– Hijo, todo va a salir bien. – exclamó mi madre llorando

- ¿Moriré cierto?
- No hijo, no digas eso, todo saldrá bi...
- Mamá, mírame, escucha: “Están por venir tiempos mejores, llenos de sonrisas, un viaje con mejor destino. “Lo bueno toma tiempo”.
- Hijo no te vayas. – Dijo mi madre
- Este es mi destino madre...

En instantes, vi una luz mezclada con olores dulces y una hermosa voz que me llamaba, y en la lejanía escuchaba a mi madre en el hospital. Todo acabó.

“Índice de Glasgow 3, ¿está sufriendo un ataque! Suministren 50 miligramos de Midazolam y punto 5 miligramos de epinefrina por kilo. ¡Ahora! «Bip, bip; bip, bip» Equipo, lo logramos, el paciente está estable.

Dicen que las personas mueren dos veces, la primera es cuando nuestro corazón deja de latir, y la segunda, es cuando pronuncian por última vez nuestro nombre, en lo personal, me parecen patrañas filosóficas, para mí la muerte va más allá de solo dejar de ser recordado. La muerte, es ese sentimiento que nos hace valorar que estamos vivos, cuando esta se va, puedo decirte que ya estás muerto.

- ¡Andrés, atrápame si puedes! – exclamó Salomé-
 - ¡Ya voy!
- Cuestionate: ¿En realidad estás vivo?

CATEGORÍA C

ESTUDIANTES DE NOVENO Y DÉCIMO

2020



PREMIO

Halil Ann

Autor: Mauricio Vivanco
Fundación Educativa de Montelíbano
Grado: 11°
Montelíbano, Córdoba



PREMIO

Azul

Autor: Valeria Martínez Castilla
Gimnasio Bilingüe Altamar
Grado: 11°
Cartagena



Halil Ann

Mauricio Vivanco

Fundación Educativa de Montelíbano
Montelíbano, Córdoba

Más allá de la hacienda las Marías, entre las lomas frescas de la tierra más fértil de toda América latina, justo en los bordes del indómito corazón del Nudo del Paramillo, al sur del departamento de Córdoba, se encuentra el Municipio de San José de Uré. Desde allí, las venas de los ríos Sinú y del San Jorge se precipitan hermanadas cuesta abajo, irrigando de vida los campos a su paso. Se llega al pueblo siguiendo una vía serpenteante que descansa sobre una plaza vacía, tendida a los pies de una iglesia llena de gente. A un costado de la iglesia, con su característico sombrero de paja, opacado al estilo Rembrandt por las sombras claro oscuras de su vieja casa, se encuentra el señor Jaime Vides Molina.

Don Jaime es un hombre de tez oscura, como todos los oriundos del palenque. Quienquiera que se acerque a él, se percata de los múltiples moretones heredados en las fiestas del Diablo, en aquellos años donde la pólvora negra se vendía como leche en el

tenderete. También, de qué padece una enfermedad crónica, consecuencia de un tabaquismo descuidado. Pero sin duda lo que más recuerdan los que lo conocen, es la inverosímil historia de Halil Ann.

Cuenta don Jaime que en la década de los cuarenta, antes del Bogotazo y después del final de Segunda Guerra Mundial, llegaron al pueblo las maletas de su hermano, Estanislao Molina y las de su virtuosa cuñada, y con ellas, lo que parecía ser la dotación de la primera condesa en dignarse a visitar el pueblo.

Halil Ann llegó dos días después. Era una mujer alta, de ojos verde tornasol, su piel blanca generaba un efecto hipnótico en contraste con la tez oscura de los habitantes del pueblo. Don Jaime dice que venía de Palma de Mallorca y que era tal su belleza que frente a ella se ocultaba el sol a pleno día, y entrada la noche, a su lado cualquier constelación se sentía insegura. Recuerda como sus labios de vitamina color manzana tan sensuales y carnosos como el jugo de la gloria, distraían a los viajeros y retrasaban su partida por semanas enteras y como sus largas piernas de maga, se abrían paso por la calle en medio de los cantos de los adolescentes: “Alabin, alaban, alabin bon ban”. Y cuenta qué tan pronto la vio, cayó rendido ante esta musa, como un difunto de la batalla de Troya, víctima de una parálisis automática, engañado por todos los sentidos como Renato Descartes. Ya no era un Carlo Magno en busca de su crónica de oriente. Ann era la perla y él sería su concha plateada, al fin el rey tenía a su reina, esa que haría deliciosa hasta el hambre.

Me gustas tú, nada más que tú y solamente tú. Luego, el mundo enmudeció. No se oyeron más juramentos de amor entre las borracheras; las canciones de

los adolescentes cesaron y los viajantes seguían su camino de largo. A poco de haber llegado, Halil Ann se había marchado, pero las declaraciones de amor de Vides Molina, se quedaron atrapadas en todos los rincones de la casa.

Han transcurrido cincuenta años desde la partida de la palmesana. Jaime Vides Molina recién sopló su vela número ochenta y hasta el presente, no le ha entregado su corazón a una mujer distinta que a Ann. Se conserva en pureza sexual y cuida de su vitalidad esperando su encuentro furtivo con su único amor. Eso sí, por andar embebido en un mar de enajenaciones psicóticas a causa de aquella dama, pasó a ser un hombre solitario y olvidado de los suyos.

Hace mucho que no va a misa, pues profesa una religión distinta a la católica o evangélica. En la sala de su pequeño rancho, se alza un altar consagrado a un dios desconocido al que diariamente le rinde tributo y oración. Su código ético moral le llevó a la concepción sobre el trabajo como una desgraciada actividad que no dignifica al hombre. Cree férreamente que su ciclo laboral en esta vida está cumplido, y que aquel que labora, no lo hace por buscar su bien, sino por falta de fe.

Los tiempos de Jaime transcurren a la misma velocidad de sus procesos de reflexión. Se pasa horas pensando en la lista de invitados a la ceremonia matrimonial de Vides Molina y la dama palmesana. Habla alegremente de sus hijos con ella y comenta con todo el que llega, sobre el carro y la casa que van a comprar. Su osada retórica alcanza, hasta para planificar el ingreso a la universidad de sus peñaos. Su mundo está lleno de detalles curiosos, como

cuando lo interrogaron sobre la utilidad del abanico inservible al pie de la entrada y respondió que era para cubrirse la cara del resplandor de los carros que vendrán de Europa el día de su matrimonio, a atenderlos a él y a su esposa y trasportarlos hasta los hoteles cinco estrellas del pueblo.

Actualmente Jaime reside en algún manicomio del departamento. Desde allí sigue contando los años para su jubiloso reencuentro con Halil Ann. Mientras que la dama de Mallorca, seguramente vive sus años de retiro disfrutando junto a su descendencia, ajena a los infortunios del amor.



Azul

Valeria Martínez Castilla

Gimnasio Bilingüe Altamar Cartagena

Busqué los papeles para la cita con el veterinario, allí estaba toda la información: la dirección de la clínica, la hora de la cita y los números de teléfono. ¡Qué desastre! Seguro los había olvidado en la oficina, pero ahora estaba muy lejos de allí. ¿Volver a esta hora? No. Los encargados de la seguridad tendrían todo cerrado.

Saqué las llaves para abrir la puerta de la casa y escuché pasos de mujer alejándose del otro lado de la puerta. Supuse que se trataba de mi esposa, quien había llegado temprano a suplir la ausencia de la empleada, la cual tuvo que marcharse una hora antes de lo previsto, a cubrir de una emergencia familiar. Me apresuré a entrar para seguir sus pasos. Mi hija de seguro se encontraba arriba. – Pensé. Me aterraba la idea de dejarla sola, así fuera unos minutos, por eso mi prisa al regresar.

El grito de una voz aguda se expandió por la sala.

—Demasiado aguda para ser la de mi esposa— Corrí

a ver qué sucedía y encontré a la empleada con una palidez de muerte y su cuerpo paralizado en un solo gesto que apuntaba hacia el suelo, señalando el cadáver del cachorro de mi hija, un labrador dorado al cual había nombrado Azul con sus primeras palabras. No vi nada del tronco para abajo, pero no pude contener el horror cuando levanté la silla apoyada sobre su cabeza.

—¿Qué salvaje le ha hecho esto?!

Le habían aplastado la cabeza desparramando su contenido alrededor. De su cuello roto, manaba una gran mancha de sangre que se extendía por debajo de los zapatos de la empleada inmóvil. Sentí náuseas y deseos de llorar. ¿Qué tipo de monstruo se ensañaba con la vida de un animal indefenso e inocente? En esto pensaba cuando recordé que mi hija se encontraba arriba.

—¡Mi hija!

Seguramente unos bandidos desalmados, sin moral ni escrúpulos le habían hecho esto a Azul. Habrían entrado a la casa por la fuerza, al verlos Azul ladró y ellos... ¿Qué le habrían hecho a mi hija? ¡O por dios!

—¡Nina!

Subí corriendo las escaleras, esperando que estuviera bien; que se hubiera encerrado y los maleantes no le hubiesen hecho daño. ¡Que se lleven lo que quieran! Mientras que a mi hija no le pase nada.

—¡Nina, soy yo!

Arriba las puertas de las habitaciones estaban

abiertas, menos una: la de mi habitación. Llamé a la puerta. Cada golpe marcaba un latido del corazón. La falta de respuesta me dejaba sin aire. Ni un solo ruido al interior de la habitación. ¿Y si se encontraban adentro con ella? ¿Y si escucharon las pisadas de la empleada y corrieron a encerrarse? Tomaron a mi Nina como rehén, no dejarán que ella salga. Si son ladrones querrán algo y yo estoy dispuesto a dar lo que sea mientras ella esté bien.

—¡Nina, si estás bien por favor has ruido, llama a la puerta, grita, dame una señal, ¡lo que sea!

Un minuto más de silencio y me tumbé junto a la puerta temiendo lo peor

—Seas quién seas, toma lo que quieras y vete, pero a Nina, A mi niña... ¡¿Qué quieren de mí?! —Grité— Sin darme cuenta, golpeé con toda mi fuerza la puerta. Esta se abrió y pude ver a Nina en pijama, sentada en el piso abrazando su peluche. Estaba sola.

—¡Nina! —Corrí a abrazarla.

—¿Te pasó algo? ¿Escuchaste algo? ¿Alguien intentó entrar aquí?

— No. —Dijo y se apartó de mí.

—¿Estás segura?

Asintió con la cabeza y corrió a su cuarto.

La seguí y vi cómo se acostaba en su cama y arropaba todo su cuerpo con una sábana. El sonido de los pasos de la empleada nos seguía

¿Le pasó algo? —Preguntó antes de entrar a la habitación— Sus pisadas dejaban manchas rojas en el suelo.

—Parece que está bien. ¿Falta algo en la casa? ¿Hay algo fuera de lugar?

—Todo parece estar en su lugar.

Bajé apresurado. En las habitaciones no faltaba nada y abajo, los objetos de valor estaban en su lugar. ¿Habrían entrado y después de hacerle esa monstruosidad al pobre Azul se habrían acobardado y marchado? La cerradura estaba intacta, esto no tenía pies ni cabeza.

¡Gina! —Grité, y ella bajó casi corriendo.

Recorrió el mismo camino de las pisadas rojas en las baldosas blancas de las escaleras.

—¿Por qué regresaste a esta hora?

—Olvidé mi cartera, señor.

—Gina, dime la verdad, necesito la verdad, porque no puedo dejar que mi hija al cuidado de una persona en la que no puedo confiar confianza.

—¿Por qué desconfía?

—¿Quién más tiene llaves de la casa?

—La puerta también se puede abrir desde adentro.

—¿Insinúas que Nina les abrió?

—Creo que nadie entró.

—Entonces, ¿El perro fue aplastado por obra y gracia de la gravedad?

—Tal vez chocó con la silla y se le vino encima hasta aplastarlo.

—¡Eso no tiene sentido! Tú misma lo viste, eso no fue producto de un solo golpe.

—Le aseguro que yo sé tanto de esto como usted.

Además, sería incapaz de hacer algo tan monstruoso y menos al pobre a Azul.

—No digo que tú lo hicieras. Solo que no me parece

normal que esto pase y que nadie sepa nada.

—¿Ya le preguntó a Nina?

—Qué va a saber Nina

—Los niños siempre escuchan. —Afirmó.

Sin tener idea de a qué se refería, asentí con la cabeza y me apresuré al cuarto de mi hija.

Nina estaba recostada de lado. —Viste a Azul?

—¿Azul? —Preguntó, tapándose con su sábana.

—¿Qué dije?

—Azul —murmuró molesta.

—¿Viste qué le pasó?

—Ese no es Azul —dijo enfadada.

—Pero ¿Qué dices? Claro que lo es.

—Azul se perdió en la Bahía

El sudor mi frente se congeló. Era cierto, pero no había manera que ella lo supiera. ¡Eran iguales! Además, cuando encontramos este cachorro, para remplazar el desaparecido, Nina era muy beba para recordarlo.

—Nina, tú... —Recordé ciertos episodios donde Nina pateaba al animal sin una razón aparente y luego corría a jugar con sus peluches como si nada— ¿Le hiciste eso a Azul?

No dijo nada, solo acomodó una almohada sobre su cabeza

¿Tú lo dejaste así? —Le dije mientras le arranqué la almohada de la cara y tiré al suelo— Sin mirarme a la cara, asintió con la cabeza

—¿Por qué lo hiciste?

—¡Me odiaba! —Gritó enfadada— ¡Siempre me ladraba y me miraba feo!

No puede ser... —No era posible, Azul era demasiado

grande y ella muy pequeña, lo más lógico es que él la lastimara a ella— ¿Cómo pudo pasar?

—Estaba dormido y yo me acerqué con el cuchillo.

—Su voz transmitía tristeza.

—¿Cómo se te ocurre?! ¡¿Cómo le hiciste algo así?! —Levanté su mentón para que me mirara.

—Tú me dijiste que como era mi perro debía demostrar que lo quería, ¿No es así como tú nos demuestras cariño?

Entonces quise estrellar su cabeza contra la pared y azotar mi cinturón contra su boca. Lo hubiese hecho de no ser porque, en ese momento, mi esposa entró a la habitación temblando, perpleja de lo que había visto. Al entrarse de la situación, me arrebató la niña de los brazos.

Cuando salí de la habitación, Nina corría descalza por toda la casa, mientras mi esposa preparaba el castigo. Me senté en el comedor a tomar un café, con Azul a mis pies. Sentía pena por esa pobre criatura. Mientras escuchaba los golpes secos al otro lado de la pared, no paraba de preguntarme, por qué Nina, nuestra niña, había hecho eso.